



## **Coronación Canónica de la Imagen de la Virgen del Consuelo de Altea**

**Altea, 15 de septiembre de 2019**

Queridos hermanos de Altea: vengo a compartir con vosotros, oración y fiesta a la Virgen del Consuelo, en un día, en una celebración, tan especial como es la coronación canónica de su querida imagen.

Después de una larga e intensa preparación, ha llegado el día tan esperado; y acudimos a esta celebración para acoger la Palabra de Dios y celebrar la Eucaristía, junto a la imagen entrañable de Ntra. Sra. del Consuelo, querida y venerada desde hace siglos por sus hijos de la villa de Altea, que materializaron su veneración con su patronazgo y con este hermoso templo parroquial que la tiene por titular, y que quiere renovar por medio de vosotros en este día y en el gesto de amor que es sencillamente la coronación de su imagen.

Permitidme que en un marco tan singular haga referencia a la Palabra de Dios, especialmente a las palabras tuyas que acabamos de escuchar en las lecturas que se han proclamado.

No somos nada si no somos queridos, decía el poeta. Y, sobre todo, necesitamos sentirnos queridos, recibiendo remedios a nuestras necesidades, recibiendo consuelo en nuestras aflicciones. Así nos hablaba del Mesías, del Señor, el profeta Isaías, señalando su misión que Jesús hace propia en su discurso en la Sinagoga de Nazaret: ha venido a “consolar a los afligidos”, a responder al grito del dolor hecho súplica de los seres humanos, tan perfectamente representados en la mujer cananea del Evangelio que acabamos de escuchar. Toda la vida de Jesucristo es una inmensa respuesta del padre, rico en misericordia, a las necesidades más profundas y lacerantes del ser humano. Tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Unigénito. Es hermoso contemplar a Jesús como esa respuesta de amor que seguimos recibiendo y que nos trae la cercanía de Dios, su consuelo a nuestras vidas.

Es curioso que en esa primera lectura, que hemos oído, en el texto en sí y en la aplicación a su persona que hace Jesús en Nazaret, aparezca como el Cristo, el Ungido. El que nos trae el perfume, el olor de amor del Padre, de su misericordia infinita, de su entrañable consuelo.

Y nadie tan cerca de Él, como su madre. Por ello podemos asegurar que nadie como ella se impregnó de la esencia de Cristo. Si alguien “olió a Cristo”, y participó de su unción del Espíritu, fue la Virgen. Por eso más allá de la fragancia nacida de las flores con la que la rodeáis, y de las flores que le habéis ofrecido, hay que decir que es también la fragancia que nos llega de su unción, el aroma real de la Virgen, el de su Hijo. Tan unidos estaban, tan unidos están, -así los veis en la imagen de ella, de vuestra patrona-, tanto que a veces, nos apetecería, incluso decir que Cristo “olió a María”, a su madre. Da igual, porque lo cierto es que ambos “olían a Dios”, a amor, a respuesta a nuestras más profundas necesidades, a consuelo divino.

Y la historia es buen testigo de cómo María nos enseña, dándonos, compartiendo la unción de su Hijo para con nosotros, dándonos todo cuanto es su ser y su misión para nuestra salvación. Nosotros, como ella, estamos llamados, desde la unción de nuestro bautismo, a “oler a Cristo”. Lo cual supone, como nos decía S. Pablo en la segunda lectura, -compartir el “ánimo” que recibimos de Dios, con los demás, el consuelo con el que somos consolados para a la vez consolar-; que nos transformemos según Cristo y comuniquemos el amor y el bien con que Él nos sostiene; y esto, siendo gente cercana, bondadosa, comprensiva, compasiva, tolerante; que “oler a Cristo”, no es otra cosa que despojarnos de la antipatía, de la altivez, del orgullo, de la soberbia; que “oler a Cristo” es perdonar, sonreír, agradecer, consolar.

Hermanos vivimos, además, unos tiempos históricos, socialmente, muy complejos. No dejemos de rezar por nuestro país, porque predomine la capacidad de unir y armonizar lo que es diverso. Vivamos, con pasión también, estos tiempos de la Iglesia guiados por Papa Francisco. Tiempos en los que -como nos pide reiteradamente- el encuentro y el entusiasmo por Jesús nos haga una Iglesia “hospital de campaña”, llena de misericordia, que nos hace salir ante las pobrezas del momento presente a ofrecer la medicina y la alegría del Evangelio.

Estos dos últimos días me he desplazado a la zona de las mayores inundaciones (la Vega baja), y especialmente a Orihuela y sus zonas cercanas; he visto el desastre sufrido, pero también la vida de nuestra Iglesia abierta en su seminario y sacerdotes y parroquias a las necesidades de todos. Esa es nuestra Iglesia: fieles a Jesús, fiel a su amor. No dejemos de rezar por los difuntos, los que han perdido casi todo, por las autoridades y nuestras buenas gentes de allí. Inundados de agua, sí. Pero también, inundados de humanidad, gracias a Dios.

Hermanos: la mejor corona para una madre son sus hijos. Que junto a la corona que imponemos a María, Nuestra Virgen del Consuelo, como signo de amor y veneración ella contemple la corona que debemos ser nosotros mismos, la corona de nuestra fe viva, de nuestra esperanza en Dios a pesar de las presentes dificultades, y, sobre todo, de nuestra caridad, materializada en la corona social a la Virgen que vosotros en todo este tiempo habéis ido haciendo realidad.

Que esta Eucaristía en la que recibiremos el Cuerpo de Cristo, el mismo cuerpo nacido de María, siempre Virgen, sea fuerza para cumplir cuanto hemos pedido y cuanto se nos pide como voluntad del Padre. Que recemos por los que habéis hecho posible este acto, y por todos vuestros antepasados que durante siglos han ido transmitiendo la devoción a la Madre y Patrona de Altea, recordando ante ella a cuantos necesitan más el amor del Señor y de nuestra Virgen, los enfermos, los impedidos, los que comienzan a vivir, las familias, los que están solos; que no les falte hoy nuestra oración, para que, por intercesión de la Virgen, no les falte jamás su luz y su consuelo. Así sea.

**✠ Jesús Murgui Soriano.**  
Obispo de Orihuela-Alicante.